

REVISTA
DE
VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

TOMO II.

VALPARAISO.
IMPRESA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1874

lanza, rueda, se hincha y derriba los diques opuestos a su furor.

«Los tronos se desploman; los imperios, esas antorchas encendidas por el genio de los hombres, se apagan en la oscuridad de la nada; todo desaparece; los humanos mismos pasan por esta morada, dejando solo un fujitivo recuerdo; solo sus nombres flotan en este océano de tempestades, sobrenadan y llevados por las espumosas olas al templo de la Memoria, se les encuentra grabados sobre las lápidas de la inmortalidad.

¡Todo muere! Sin embargo, la naturaleza, bella y adornada con las rosas de la juventud, está exenta de esta revolucion; la sucesion de los años no puede alcanzarla; pero vendrá la noche de confusion; aquella noche en que los elementos, no siendo ya movidos por la armonia que reúne su conjunto, por la admirable voluntad que los gobierna, una horrible disolucion estallará sobre el universo. El aire y el fuego se chocarán entre sí con estrépito: el fuego destruirá las bellas formas de la creacion; el océano y la tierra solo formarán un abismo insondable, y sobre los restos del sepulcro del mundo solo se oirá la agonía del último de los mortales; su canto fúnebre, revelando la inmortalidad del alma, parecerá desafiar al ángel de la destruccion, pues jamas en su furor este ser desapiadado podrá apagar la chispa divina que debe brillar, aun cuando el cuerpo del hombre no sea mas que polvo: entónces de las ruinas humeantes del universo se formará un espantoso caos...

¡Oh tumbas! monumentos de las jeneraciones estinguidas: al aspecto de este horroroso trastorno, el hombre se ve obligado a creer; el alma, elevándose a las rejiones celestes, os contempla con un tan santo respeto, como a las puertas de la eternidad!...»

C. EDUARDO POLANCO.

UN DIA DE PRIMAVERA.

Era una hermosa mañana de esa estacion coronada de flores y llena de perfumes, de esa estacion en que la naturaleza ostenta toda su magnificencia. La bella aurora con sus rayos de fuego penetraba por las estrechas ventanas de las humildes chozas para anunciar a sus moradores que habia llegado la hora del trabajo. Al aparecer el rei de los astros todo se llenó de vida y de animacion y

la campiña presentó un espectáculo grandioso y lleno de poéticos cuadros.

Un cielo azul y despejado se extendía sobre este vasto vergel, en que la rosa mecida por la suave brisa de la mañana ostentaba toda su lozania y hermosura. El clavel, un poco marchitado por las sombras de la noche, abría su blanco capullo y esparcía alrededor de sí un aire puro y embalsamado. La frondosa higuera y el alto álamo juntaban sus ramas entre sí y formaban graciosas y pintorescas grutas, dentro de las cuales solo se oía el alegre cantar de los pajaritos y el dulce murmulio de un claro arroyo que, cayendo de lo alto de una pequeña colina, se precipitaba por entre los arbustos y las flores y se perdía al través del llano.

Campos llenos de hermosas ovejas cuyas cabezas perdidas bajo la inmensidad del abundante pasto se asemejaban a copos de nieve. El triste balido de una madre aflijida porque se le había perdido su querido corderillo, formaba contraste con la animación festiva de la naturaleza y con el alegre gorjeo de un travieso pajarillo que, posado sobre la copa de un elevado olmo, parecía burlarse del dolor de la triste madre.

El pastor, sentado bajo la sombra de un frondoso nogal, al lado de una cristalina fuente, ocupábase en hacer sandalias para sus pies desnudos; de vez en cuando levantaba los ojos para fijarlos en su rebaño, y después los dirigía hácia el cielo exclamando:--¡A qué hora te escondes, rei de los astros, para irme a descansar a mi hogar, donde mi amada esposa y mis idolatrados hijos me esperan con impaciencia?

El sol, teniendo con sus últimos rayos las nevadas cumbres de los Andes, parecía haber escuchado las palabras del pastor. La tarde con su claridad bella y misteriosa invadió la campiña, y poco a poco la naturaleza fué tomando un aspecto melancólico. La golondrina emprendía su vuelo en busca del árbol donde había hecho su nido; las ovejas balaban por su pesebre en tanto que la cabra montés se hacía paso entre las ramas para buscar su guarida.

Nuestro pastor, entonando una alegre tonada, se dirigió, conduciendo su ganado, hácia su cabaña. Al acercarse a ésta, cuatro preciosas criaturillas y su joven esposa salieron a recibirle con los brazos abiertos; los niños se colgaron de su cintura, esforzándose por darle cada uno el primero el beso de bienvenida.

Este feliz pastor olvidaba en estos momentos todos sus rudos trabajos, y no habría cambiado su humilde suerte por el mas di-

choso de los hombres. Jugando y corriendo con sus hijos entró a su cabaña seguido de su esposa, la que le tenia preparada la mesa, cubierta con toseco pero blanco mantel; el fuego que chispeaba en la chimenea y el sabroso olor que salia de la olla, le anunciaba una cena pobre, pero tan exquisita para él, como los mas delicados manjares de la mesa del rico.

Poco a poco las sombras de la noche se estendieron sobre la tierra, avisando a los hijos del trabajo que la hora del reposo habia llegado. El cielo se cubrió de un sinnúmero de estrellas, en medio de las cuales brillaba Venus Vespertina, cual diamante en el horizonte. La luna, ese faro májico de la noche; la luna, la constante compañera del viajero, apareció tras las altas cimas de los cerros, e iluminando todo con su plateada luz, acabó de completar este bello panorama, que no se puede ver sin admirar el poder de Dios, y demasiado grandioso para que mi débil pluma pueda describirlo.

REJINA URIBE ORREGO.

MIRABEAU Y LAVATER.

(TRADUCCION.)

El famoso tribuno que habia desertado de las filas de la aristocracia para impulsar la revolucion francesa, no creia en la ciencia de Mesmer, de Cagliostro y de Lavater: aborrecia de todo corazon a los brujos, y aseguraba que el último de los tres citados habia llegado al mundo con tres siglos de atraso.

Mucho costó a Mesmer disuadirle de su idea, o mas bien, obligarle a que fuese a buscar su desengaño a casa del mismo Lavater.

—Etais loco, amigo mio, contestóle Mirabeau. ¿Qué quereis que pregunte yo a ese hombre, que no me conoce, y a quien en mi vida he visto?

—Quiero que hableis con él.

—Hablaré, si tal es vuestro deseo; pero no de cosas que tengan relacion con la brujeria.

—Corriente. Porque yo no creo en brujos.

—Ya lo sé.

—Ni en Lavater.